Noches sica

1
233771



BIBLIOTECA
MADRID
CIONAL

10 cts.

1

233771

47/1505172

Noches sicalípticas

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

Ya estamos, linda lectora, ¡en el seno de la muerte!

No hay que asustarse de este prefacio. Es mera guasa, muy propia de servidorito.

Dejadme perfeccionar mi frase, profunda e intencionada «Ya estamos en el seno de la muerte... del amor... ¿Sabéis lo que significa esto?

Pues sencillamente un Music-hall. Allí cuando el amor entra, muere por necesidad, falto del oxigeno, de las auras puras, del pudor verdadero, etc., etc.

Prevéngoos a tiempo, para que algún avisado lector no vaya a tomar mi estilo zumbón e irónico por lo serio y sepa que trata con un verdadero cazador de «grullas», adiestrador de «loros». o domador de «fieras», que por los tres motes se las conoce a esas que a sí mismas se llaman

R. 3224170

«artistas de concert», bien se anuncien con los pomposos nombresde *Bella Cochifrita*, *Linda Arañita* ,*Idelal Goyesca* o bien *Escultural Gorgorito*, y dos docenas más de apelativos ultraestúpidos y sub-lunares, cuyo significado ni ellas propias conocen las más de las veces.

Dejemos, empero, la crítica a un lado y trasladémonos a un bello pisito; Conde Asalto, número 606, poco más o menos, de la ilustre Ciudad Condal.

Sirenita, la estrella del «Pompeya» se está empolvando el cuerpo de arriba abajo. Aquella operación nos admiró, de momento, pero ella, la protuberante artista de danzas moras, orientales, y *Sirenales*, (¿os extraña esta nueva nomenclatura? Ya os explicaré); se regodea ante su armario de luna contemplándose bien su propia luna posterior, como si fuera un concurso de «lunas», bien sus demás astros más chicos pero astros carnosos, al fin, bellamente plantados en lo alto de su torso.

Y repicaba con sus líndas y cuidadas manos en sus nalgas robustas y fuertes, en sus muslos, unidos y desafiadores, de cutis aterciopelado, en tanto aproximaba a la biselada luna, su faz apicarada, regordeta y de ojos «parlamentarios», vivos insinuantes, que cautivaron con su modo

de revirar y de cambiar y de ponerlos en blanco a no pocos «parlamentarios», o sea diputados, concejales o simples charlatanes de mitin de barriada.

Los ojos de Sirenita, venían a constituir su mayor atractivo su arma de combate. Estos combates, encarnizados y tenaces a veces entre el hosco publiquito, duro de pelar en ocasiones y mal prevenido en contra de los music-halls! por la mucha bazofia que se le sirve, a trueque de un par de artistas de verdad y con méritos reales y positivos.

—¿Ves tú mis ojos? ¿Ves esta caída de párpados?

—¡La veo, la veo; y no la veo!... ¡Qué no sólo a los hombres enganchas tú en estas pestañitas serranas, morucha!...

—¿Calla, tú también?... Mira hija, Nicolasa; no me vayas a salir lésbica o *tortera*, como la última doncella, que tuve que despachar.

—Y ¡cómo fué, preciosa!—repetía Colasa repicando afanosa, en las caderas a su ama.

—¡Remoño!... Pues que se le subia el santo al cielo cada vez que me daba masage... ¡Anda, como tú, prima! Y como te entretienes ahi, en la entre... pierna. ¡Ah!... que pel... ma... za me vas re... re... sul-

tando... ¡Acaba ya!... Y cambia de disco, o me enojo ¿eh Colasita? ¡Jem! ¡jem!

—¡Tan mal te saben mis dedos; cachonda?

—Piropos, no, ¿eh? Queda prohibido... No fal... ta... ta... ta... ba...

Las frases entrecortadas, ya se comprenderá resultaban así a consecuencia del diestro masage, más insinuante y perverso, que otra cosa de los dedos de la doméstica.

—¡Ah! ¿Por fin le has hallado el gusto? ¡Só pavillera!... ¡Monina! Ven; que acabo pronto.—Finiquitó triunfante la masagista por afición.

—Acaba, sí; acaba, que hoy es el 'debut y no hay que llegar tarde y con daño, por ser el primer día.

—Con estas piernas, estos pechos valientes y estos ojos de condenación, ¡qué te echen a tí publíquito frío!... Me río yo!

—Y yo, que no puedo reirme, aún que quiera... A ver: tócame palmitas. Mi última danza; la de la serpiente, esta que se baila con los platillos:

¡Tra, tra ta-ta chum-chum-la
la, la, ra, ra, chum-chum-la
tra, tra, trera, la, ta ta, trera
¡rom! ¡rom!

—¡Rom! ¡Rom! ¡eso es! Con lo que te

gustan a tí los licores ordinarios... Dijeras al menos

¡Chá... chá, chá, chá,
¡Champán!
requeté, té... la, la, chá!
¡pa, la, cha! ¡cha pa la! ¡ris ris!

—La chapa, te la voy a dar yo a tí ¡bestia!... ¡Si no es eso!... En fin, a vestirnos y con la orquesta ya será otra cosa. Vivo, Colasa!

II

El primero de los reservados, a mano derecha, nos lo *reservaba* el buen camarero casi siempre: los martes, jueves y sábados.

—Mira, niño; ponme esta pierna allá y esta otra aquí.

—Justo, y yo en medio buscándote rinconcillos ocultos, ¿quieres «Arañita»?

—No; que molestas. Siempre me rompes la malla por el mismo sitio ¡ay, que gracia!

—Y no serán tus propias gracias rollizas las que rompan la malla?

—Sí; porque ¡cuidado que estás «robustiana», chiquilla!

—Porque me alimento bien... ¡Napoleón!... ¡chico! Una leche con copa grande; ya sabes, como siempre.

—¡Va! Y tú ¿Negrita? ¿Ron?

—¿Yo? ¡claroco! ¡Ron-Negrita!

—¡Cómo no, con estos emolumentos mamarios tan chupables!

—¿Quieres... eso que has dicho?..

—Sí, sí... ¡que lo haga!.,.

—No, no; que puede venir la florista y luego lo charra.

—Deja, tontaina. No será la primera vez.

—Toma ni la «sètima», que dice don Tito.

—¿Qué hay con don Tito? ¿Ya os estáis metiendo conmigo?

—Es que éstos quieren hacer porquerías conmigo; y tú eres el único que me defiendes, ¡monigotito mío!

—Sí; pero a mí me gusta verlo. ¡Hála! Bájate ya la malla. Negrita.

—Y tú, Sirenita, a ver si te damos los últimos toques antes del *debuten*... ¡De-buten, o de betún! que afirma el «limpia» de la casa.

—¿Qué? ¿Tenéis algo que objetar? ¿Véis? ¡caladas! Y color caoba; «mi papá fué carpintero», así reza la copla. Y que me llegan hasta lo más duro que tengo yo. ¡Qué se vea!

—¡Eso! ¡Qué se vea y se palpe!

—¡Leche! Para Arañita. ¿A mi muslos? Como sinó; yo soy Napoleón. Yo, a lo mío. Ron, para Negrita! allá va... Seguid en vuestros juegos de cama... o de otomana, que tanto da... Aliviarse, señores.

Ya se hallaba formado el «cuadro» entre aquella tropa del gran ejército de Citerea. Perales, el tendero de peletería del Call; Aspasio, el aguerrido bolsista, gran enamorador de criadas y cocotas de bajo vuelo; y don Tito el cincuentón impenitente, eterno agradador de cuantas lucían trajes de lentejuelas en las tablas; tenían entre los tres, tendida encima de sus rodillas, cuan larga, robusta y cachonda era, a la Negrita: ésta ni fea, ni guapa; picaresca, nada más, con hociquillos insinuantes y pechos protuberantes y eréctiles a la menor caricia.

Perales la «repasaba» las piernas por si tenía algún descosido, y su mano tropezaba ya con la separación afrodisíaca entre la tirante liga y el rollizo muslo; don Tito, guardábala la cabeza en su regazo paternal, en el cual regazo, el moño peliagudo por demás de la buena moza le producía ciertas vibraciones directas a sus atributos civiles que le iban poniendo en alarma; en tanto que Anfrúns, el amable pianista de

Cine, le tocaba una «película» muy oculta a la chica, y acaso de largo metraje, pues no sabía apartar su mano de la encrucijada pecaminosa que ya todos podéis suponer.

—¡Más! ¡Más!...—repetía la pródiga separando las piernas.

—*Mas* no ha venido; está enfermo. Conténtate conmigo; *menos* experto que *Mas*, pero...

—¡Basta de matemáticas! El izquierdo para mí!... ¡Ah, qué dulzón! ¡qué sabrosote!... Y ¡cómo le gusta a esta indina el chupito!... ¡Condenada!

***

Principiaba la segunda parte. Sirenita iba a debutar. ¡Sensación!

Ya había aporreado la orquesteja la marcha de «Moros y Cristianos». Al pelo. Y la Sirenita, la primera que abrió plaza, resultaba una «mora completa», esclava por más señas, según ella misma se anunciaba:

«Del sultán soy fiera esclava
«le acaricio la chilana
«y además...»

¡trás! ¡trás! !trás! (estos «tras» con los pies, se entiende repiqueteando de tacones.)

En fin, una esclava, completamente esclavizadora del público con su danza del

vientre incitante hasta la pared de enfrente y ofreciendo sus sinuosos encantos al «encantado público», que admiraba sin resollar siquiera, las contorsiones abdominales, inverosímiles, tanto como los protuberantes montes del «Gurugú», en la posterior geografía de la despampanante danzarina.

Sus muslos excitantes y de suavísimo encanto, restregábanse con contracción imposible de expresar en palabras; mientras estableciase una corriente «alterna» entre los candentes ojos de Sirenita, su bajo vientre y los ojos de los espectadores, con circuito final incandescente, de un libertinaje capaz de encender los propios adoquines de la calle.

***

—¡Bravísimo!... ¡Olé! Sirenita... Bebe, preciosa, Codorniu auténtico. ¡Te lo has ganao bien!...

—Estimando, Tito.. Gracias, muchachón. Me aplaudisteis ¿no?

—¡Qué aplaudir! Te hemos aclamado unánimes, la sultana única y sin rival en Marruecos y la Arabia Petrea ¡ya ves!

—Pero ¿todo esto es tuyo?

—Mío y de todos. Este pie, de Perales; esta pantorrilla, de Anfrún; este muslo, del bolsista, este otro para ti, Requejito—

¡anda, muérdelo, que no me duele, con lo cachonda que estoy!...

—Y ¿la «estación de los peligros», para mí?—suspiró don Tito, señalando la entrepierna (tentadora y casi libre de estorbos) y poniendo los ojos en blanco.

—Bésame en la «estación» y... esto va a ser un «anden». Digo: ¿os figurábais que yo no sé hacer chistes malos, como vosotros?

—¡Olé, requeteolé, y eres la sultana! ¡Dicho!

—¡Y rubricado!—concluyó Requejo, aprisionando entre sus labios uno de los suculentos botones mamarios de la debutante.

Esta, entusiasmada, vibrante, vencedora del público, antes hostil y que ya la adoraba, callaba ante la caricia, y reviraba los ojos; señal en ella del semi-espasmo erótico, en puerta.

III

Ya estaban otra vez en el reservado: nos hallamos en martes, día de moda, según los carteles.

La «Goyesca», la «Gorgorito» y la *Rubens* (por otro nombre, Emilia y la más

linda entre todas), en plena cena juerguesca, encerradas con Perales y Aspasio, en otro reservado, el mayor del *Pompeya*, tragelaban, bebían y reíanse de lo lindo.

Dos hombres para cuatro o seis mujeres es imposible que se ocupen de todas a la vez. Ellas deseaban en ellos el rumbo, la generosidad, la majeza, las frases picantes.

—¡Viva, viva! ¡Otra botella!... Ya no se trata de Codorniu: hoy paga Aspasio. ¡Ande la rumba!

—A propósito de rumbas: aquí viene Sirenita que nos la va a danzar encima de la mesa y para nosotros solos.

Sirenita entraba, en efecto: triunfadora como de costumbre; ligerita de ropa; retando a todo el mundo con sus enigmáticos chispeantes ojazos de voluptuosidad y ensueño.

—Ven, ven acá, tú, sultana del Rif... Nada, que me siento riffeño, ante estas piernas diabólicas; y te riffaría aquí mismo si tu quisieras, quedándome con todo el billetaje. ¿Me dejas que te toque la TOMBOLA?

—Mírala: sin pantalones, para que veas que aquí no se engaña a nadie.

—Separa las piernas... ¡Más aún!... ¡Allá voy yo!...

—¡Bien; me riffas o no, so riffeño desa-

borío!

—Palabra es palabra. No juntes las columnas sicalípticas, que estoy buscando algo... ¡Uy, qué oscuro está eso, bebé!

—¿Te place mi bebé de hoy, Aspasio? ¿Ves? Poquita ropa y aun así; ¡arriba! ¡más arriba! ¡aun más! ¡A cada salto de esta pícara danza que parece juego de las niñas de la calle, más cantidad de pierna que ve el público ¡rodillazos en la blusa de colegialita, y, ¡a vivir!... El que quiera gozar de buenas vistas que goce.... ¡Todo para tí, sabrosote! ¡Uy. qué ricura de chiquillo!... Y este champán que ya se me corre por el ombligo abajo...

—¡Déjale que corra! ¡El llegará!

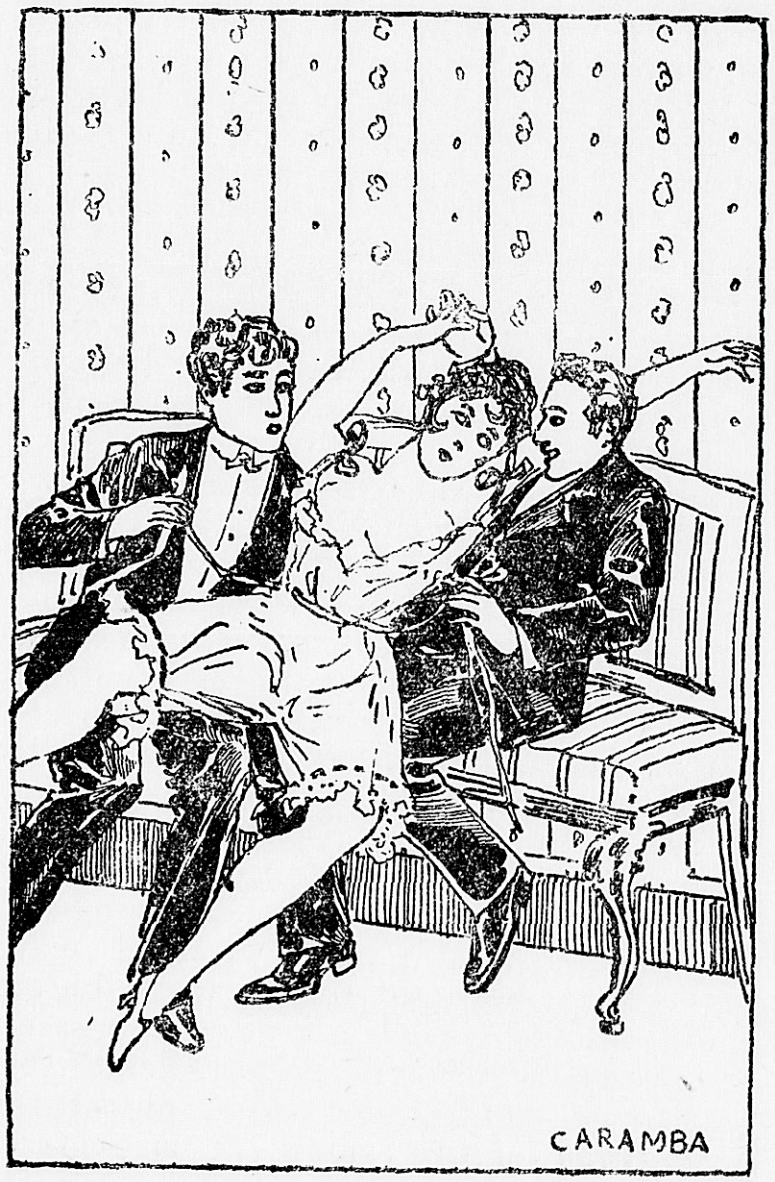
—¡Ay, ay! ¡Ya llega! ¡Jesús!... ¡Vaya unas cosquillitas húmedas y más dulzonas que deben de estar!... ¡Anda, Perales: déjala ya a la *Rubens*, que es la que aquí «pinta» menos. Aproximate y bésame, si puedes, estas cosquillitas líquidas...

—¿Así, así?

—¡Más abajito! ¡Aho...o...ora!... ¡Cuánto pelo! Entre el de tus bigotes y el de los míos!... ¡Remoño! Precioso. ¡Cómo te estás ganando la vída!

—¡Ahora a rumbear! Que el tiempo vuela.

—Y ¡fuera trapos, qué caray! ¡Os va



CARAMBA

bien así?—vibró con su voz aflautada la sensualísima «Sirenita».

No quedaba más que la simple camisita: corta, fina y transparente, con lacitos colorados y calados delicadísimos.

Cruzó la excitante hembra los brazos tras la nuca.

Silbó Perales; acompañábanle con palmitas y ¡olés! entusiastas los demás «reservistas» (o compinches de reservado) y desenfrenóse la prójima en el danzón procaz y acanallado.

Sus vistosas posterioridades carnosas, dislocantes de vaivén y de vibraciones eróticas, daban vueltas y revueltas alrededor del supremo triángulo ideal, que permanecía húmedo y brillante por el rocío champañesco; sus labios superiores exhalaban entre quejidos guturales, la entrecortada letra de la célebre rumba que la Chelito ha hecho casi inmortal.

Todos los comensales, aproximándose por momentos al sugestivo y procacísimo cuerpo, casi exento de cendales enojosos, parecían dispuestos a devorar aquel «plato del día» tan pecaminoso, tan apetecible como fuera de lo vulgar y corriente. Las piernas, seguían lanzando trenzados llamativos; las erectas formas pectorales, entraban y salían con fugitiva rapidez de la perversa

camisa, en cuyo escote canallesco convergían ahora las miradas de hombres y mujeres... ¡Fué aquello un delirio! Un terremoto de vítores, palmas! Y sobre todo, cuando el bravo Perales rompió una botella del espumoso, la vertió en la cabeza y cuello de la propia danzarina, al ver que ésta, serena y valiente sin hacer caso de la líquida interrupción, iba bebiendo, bebiendo, con avidez, con entusiasmo; sin dejar de taconear, de pernear, de revirar toda ella encima la amplia mesa; ¡ya entonces sobrevino lo apoteósico, lo apocalíptico de la rumba y de su incomparable intérprete.

Esta, que había logrado encender todos los rostros, abajo, en el proscenio, a fuerza de deseos mal contenidos; y abrirse todos los labios en alabanza de su triunfal carne de placer y de emoción erótica, acabó por clavar entre sus amigos, en la intimidad del reservado, su pabellón de rumbista libertina y exhuberante, única en la capital.

IV

Aspasio, el bolsista, acabó por prendarse locamente de la «Sirenita». Esta en pleno oficio de Sirena, lograba con sus artes en

tierra firme, lo que sus homónimos alcanzaban de los guerreros partos en la *Iliada* del sublime tuerto, señor Homero (que de gloria goce).

Y como resulta que, a más de ser casi millonario, Rogelio Aspasio, voluntarioso como buen vasco y de temperamento radiante y volcánico como pocos, quiso lograr por las buenas o por las malas ¡que se hablara de él con motivo de sus relaciones, puramente carnales con la ladina y pujante hembra de que vamos tratando...

Cierta noche, hallábanse los compinches del acaudalado bolsista, con este varias de las habituales de ellos en el reservado primero de la derecha, bromeando, sobándose, besuqueándose, a más y mejor, en espera de la *Sirenita*.

De pronto, apareció casi demudado Andresín, el «limpia» de la casa, quien se acercó, misterioso y breve a Aspasio y le habló al oído con cara algo temblorosa por el temor.

—¡Cá! Imposible!—Aseveró Rogelio Aspasio, con acento trémulo de despecho.

—¿Qué ocurre, canario? ¿A qué, tanta precaución, tanta sorpresa?

—¡Nada! Casi nada, ¡mil rayos! Ese mostrenco ¡venirme con el cuento de que el delegado ha multado con quinientas del

ala a mi nena, a ella, a Sirenita, a mi Sirenita!... Habrá ganso, como este «limpia de los infiernos!

A la *Goyesca* se le cayó una media con el susto; una media que intentaba quitarle su «alterno», señorito Requejo; a la *Gorgorita* se le salió solito un seno, rubicundo y frescote por cierto, por el escote del corpiño que era muy bajo, tanto que ya se lo había ido estudiando palmo a palmo y fibra a fibra el socarrón de su adorador pagano... En fin, un puro desastre.

La que pareció recibir la noticia con mayor sangre fría resultó la *Negrita*.

—¡A mí tendrían que venirme con multas! ¡Ja, jay! ¡Multitas!

—No digas, que una multita de cinco machacantes o cosa así, por haber mostrado tus parajes prohibidos, cosa que te gusta la mar, si quieres sernos franca, no dejaría de venirte de perilla.

—¡Claro y la daría cartel, un cartel de mistó!

—¡Caray! ¡Cinco duros!.., ¡Qué sosería! Yo, multas gordas o no las admito ¡ea!

A todo esto, rápido como una exhalación saltó Rogelio del reservado al cuarto de vestirse de la *Sirenita*.

—¿Qué es eso?... ¿Multas? ¡Es cierto lo que me han dicho!... ¿Multas a mi nenita?...

¡Anda! Si lo será: estas lagrimitas lo anuncian demasiado ¡Ea! Se acabó. Yo lo pago todo y encima, le sacudo el cuero al delegadito ese!

La cogió, casi arrastras y se la sentó encima: tal cual se hallaba, echado, más que sentado en un puf viejo y usado que ocupaba parte del innoble cuchitril.

El contacto de ambos cuerpos era inmediato. Lluvia de besos apasionados, febriles, allanadores cayó sobre el agraciado semblante, cuello blanquísimo y la superficie que lograba divisarse de los ebúrneos pechos. Los pezones que en su cúspide retaban a los labios cariciosos y sensuales del bolsista, fueron chupados ráudamente, con voluptuosidades desmedidas.

En tanto, la experta diestra de Rogelio procuraba consuelos, consuelos físicos, eficacísimos ¡eso sí! entre ambos distritos carnosos de aquel bello colegio central, que no electoral; donde las cortinas fueron franqueadas, dando paso a la mano autoritaria y suave, a la vez.

En tanto, próximos los rostros susurrábale al oído, al monísimo auricular de la rumbista, célebre desde entonces, palabrejas cási sin sentido, pero incendiarias, alocadas, capaces de convencer a una estatua marmórea.

—Vaya; si... ¡eso!... ¡que yo soy tu banquero y tres más! Dicho está, y tú proveedor de todo, de besos y de dinero; de dulzuras linguales y de joyas rutilantes, siempre que las apetezcas. ¡Renista!... ¡Chachamonda! ¡Rumbera de mis entretelas!... ¡Ah, pérfida!... ¿Ya tenemos risitas donde había llantos, eh?... ¡Ven, ven; que estas dos últimas lagrimitas las voy a sorber, como si fuera *vermú* del más exquisito, del que toman los serafines en el paraíso! ¡Así, así y así... ¡Ay! ¡qué retebueno!

La *Sirenita*, vencida por la ternura, por el gallardo ofrecimiento de su amante, acabó por entregarse de lleno a sus caricias, insinuantes e irresistibles en un temperamento como el suyo.

—Ahora dejemos al delegadote ese, a quien yo veré y convenceré. ¡Convénceme tú ahora de tus anhelos de ser mía, muy mía; toda mía, hasta que te sacies de mi cariño, preciosa!

Ella oponía pasivo silencio a las elocuentes razones. Terció en el debate el viciosillo Cupido con su flecha; éste se impuso y logró mediante breves preparativos, alojar en su recinto su dardo ideal; al cual la pecadora facilitó enormemente el suceso, mimosa, sensualizada, vibrátil todo su organismo, en súbita y ex-

presiva explosión de comprimidos deseos y encontradas emociones de todos órdenes. Cupido hizo cantar una vez más al simbólico volátil su triunfante «¡ki-ki-ri-ki!» en un cuchitril indecoroso, lo mismo que si fuera una regia alcoba. ¡Tal es la fuerza inapelable del invencible diosecillo!...

V

La rumba que habíale valido un multazo de 500 pesetejas a la descocada *Sirenita*, se propagó a sus envidiosas compañeras de musicol. Todas querían ser multadas; todas, la que más y la que menos disponiendo de aceptables muslos, de un buen par de medias naranjas pectorales o de pasables pantorrillas siquiera; aquel enjambre de ofuscadas por el brillo que por méritos propios despedía la manceba del feliz bolsista, sin contar con el que las esplendideces de éste hacían reverberar en ella a los ojos de los extraños. Pero ¡ay! La que usufructuaba caderas ebúrneas y semovientes, carecía de rostro bonito; la que poseía éste, carecía acaso de protuberancias posteriores, muslímicas y otros análogos atractivos y ninguna de ellas,

por de contado, ¡ay! ¡ay! ¡ay! (tres veces) ostentaba admirador, ni amante que gastara el rumbo y la majeza argentífera del tan ponderado Rogelio.

***

La bacanal de aquella noche, en que se despedía. «por ahora», del público la ya famosa «*Sirenita*, tenía que dejar recuerdo.

Dióle orden de tener una mesa dispuesta para las treinta y tantas muchachas artistas (?) de la casa, con solo los cuatro o seis amigos de que disponía siempre el galán bolsista para sus juergas, por todo elemento del sexo fuerte.

—¡Quiero que te despidas, como Nerón se despidió de Roma; ¡con un incendio! A ver, los ponches para toda esa tropa.

Trajeron cuarenta ponches, ya en llamas. Aquello era deslumbrador. Colocadas las flamantes copas encima la amplia mesa, la «Goyesca». la «Gorgorita», las dos hermanas «Picadillo». la «Rosalinda», la «Percebeña», y. en fin, todas las más procaces, tuvieron, según disposición del anfitrión Rogelio, que ir recorriendo la mesa, desnudas del todo, conservando sólo las medias y las ligas; atravesando por entre las llamas de los múltiples ponches, con rapidez y aseo.

¡Vaya una de risas la que se armó! Y ¡vaya una visión más que cinematográfica peli-culística de carnaciones más o menos alabastrinas; tanto o cuanto ricamente moldeadas por mamá Venus, en colaboración con madre Natura!

¡Menudo trasiego de pies, piernas y adyacentes!...

¡Exquisito removerse de nalgatorios y de tripas más o menos bien adornadas en su sección inferior correspondiente.

La que llegue primero, a la meta, que soy yo, en persona, después de recorrer dos veces toda la mesa, en carrera de obstáculos, o sean los ponches, se gana una rica peineta de cien pesetas. La segunda, una piel de manatí, de cincuenta; y así sucesivamente. Todas tendréis premio, si llegáis a caer entre mis brazos, antes que se extingan las llamas. ¿Hace?

Una tempestad de chillidos acogió la proposición generosa.

Chillidos, aplausos, alaridos, risas ¡qué sé yo! Menuda torre de Babel iba resultando aquel espectáculo tan original, tan inesperado, para la mayor parte de las alegres émulas de la Goya o de la Chelito; de la Raquel o de la Argentinita.

Sólo cinco acabaron abrazando, por su orden, al anfitrión, que se hartó de pechugones y restregones de manos, rostros y torsos a *tutti-plen;* bien entendido, que el flamear de los ponches duró sólo algunos segundos.

La alegría y la zaragata no amenguaron por ello; antes bién, acrecentáronse.

Luego, intensificóse aun el goce general y extraordinario, cuando el inevitable champán, apareció, con su formidable estruendo de taponazos y su gratísimo burbujeo enloquecedor y picaresco. Bebíase poco champán por los labios; mucho más en las erectas pezoneras; bastante entre los riscos carnosos más ocultos a la vista de los profanos.

—¿De veras estás decidido a que no trabaje del todo, negro?

—Por mí, completamente. Bastante han disfrutado de tus encantos mórbidos esos públicos malsanos y rugientes que te han hecho su ídolo. Ahorita ¡para mí solo! Tú y yo, en una alcoba muy cuca, rumbeando a dúo y en pelo, cuanto quieras. ¿Te conviene?

—¡Con mil amores, niño! Si eres tan bonachón, tan espléndido ¿cómo te voy a negar nada?

Este breve diálogo aparte, entre los dos tórtolos, fué sellado con un ardoroso óculo impregnado aun de sabroso champán,

el sublime líquido de los grandes apasionados.

La bacanal adquirió desenfreno y sinvergüencería inopinada. Pero todo se perperdonó aquella noche memorable.

***

Cuando, ya, juntitos en su auto rojo, 40 H. P., el galán de la *Sirenita* llevaba a esta a su domicilio (que ya era común a ambos amantes), clareaba el día. El, satisfecho; ella, triunfadora y feliz.

—¡Quién había de decirme que aquel diminuto reservado del Pompeya me *reservaría* emociones tales! Ya has visto. Multas, celebridad, delegados que sonríen ante mi oro! Tú has triunfado de todo, de todos y de mí mismo. Ahora, a vivir nuestra locura, a gustar tu reciente celebridad, en la intimidad de nuestra alcoba envidiable y confortable... ¡Nenita! ¡Bésame otra vez!

FIN

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Caricias de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen saltar al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires